UNIVERSITAS PHILOSOPHICA 25-26, (pp. 11-25),
diciembre 1995-junio 1996, Bogotá, Colombia

EMPÉDOCLES DE AGRIGENTO

CARLOS GARCÍA GUAL*

RESUMEN

A través de la presentación y comentario de los textos de Empédocles, el autor se propone restaurar la complejidad de la vida y obra de este maestro de la verdad, más allá del reduccionismo al que ha estado sometido su estudio, o de la imagen de incoherencia que para algunos eruditos tiene su obra e incluso de las artificiosas explicaciones o intentos de conciliación de esa incoherencia. Tanto por las fuentes de su saber como por su peculiar situación histórica, así como por su universal amor por el saber, nada más natural que un carácter *polifacético* de su sabiduría. Precisamente este carácter lo hace más interesante e incluso digno de interés intelectual. Empédocles pertenece a esos raros maestros de sabiduría en que la investigación de la naturaleza y el servicio a la divinidad no pueden disociarse, en que la poesía y el rigor racional no se oponen.
La presente exposición ha tenido como referencia reflexiones recientes sobre la obra del sabio griego.

* Universidad Complutense de Madrid, España

UNIVERSITAS PHILOSOPHICA 25-26, (pp. 11-25),
diciembre 1995-junio 1996, Bogotá, Colombia

EMPEDOCLES OF AGRIGENTUM

CARLOS GARCÍA GUAL*

ABSTRACT

In this presentation and comments on Empedocles' texts, the author seeks to restore the complexity of his life and work. He proposes to go beyond the reductionism to which Empedocles' studies have been limited, as well as to surpass the image of incoherence some researchers have found in his work and goes beyond the elaborate explanations and attempts made by some authors to reconcile this so-called incoherence. The multifaceted character of Empedocles' wisdom stems naturally from both the sources of his knowledge and the peculiarities of his historical circumstances, as well as from his universal love for knowledge. It is precisely these characteristics that are all the more interesting in his thought, and make his study particularly rewarding. Empedocles is a rare master of wisdom due to the fact that he believed research on nature could not be separated from service to divinity, and because he did not oppose poetry to rational rigor.
This dissertation is based upon some recent reflections on the work of the Greek philosopher.

* Universidad Complutense de Madrid, España

1. UN PENSADOR COMPLEJO

ENTRE TODOS los filósofos presocráticos se destaca Empédocles por su compleja personalidad. En él confluyen dos tradiciones: por una parte, la de los filósofos jonios, buscadores de un principio universal bajo las múltiples apariencias de la naturaleza —esa espléndida teoría que exponen Tales de Mileto, Heráclito, y Parménides— y, por otra, la de los descubridores del principio espiritual del ser humano, los órficos y los pitagóricos, descubridores del alma y su destino trascendente en un cosmos armonizado bajo las leyes del número. Pertenece a la última etapa de los llamados presocráticos, a la generación posterior a Parménides, al que tal vez escuchó como discípulo, y al enigmático Heráclito. Es uno de los *pluralistas*, como Anaxágoras, Leucipo y Demócrito, que asumen el reto de sus grandes predecesores, negando la unicidad del *arché* cósmico.

Nacido en la próspera Sicilia, en Acragas —en latín Agrigento, hoy Gigenti— hacia 490 a. C., y muerto unos sesenta años después, Empédocles vivió en pleno siglo V, y fue, por tanto, contemporáneo de Sófocles y de Eurípides, de la misma generación que Pericles, Heródoto y Protágoras, así como del maestro de la sofística, Gorgias de Leontinos que, según testimonios antiguos, fue su discípulo en la enseñanza de la retórica. De los filósofos anteriores de la Magna Grecia –de los eléata–, heredó no sólo la problemática en torno al principio físico universal, sino también la poesía como el modo literario de expresión para su pensamiento.

Como Jenófanes y como Parménides, Empédocles compuso sus grandes textos en hexámetros. Tanto el poema *Sobre la naturaleza —Perí physeos—* como el de *Purificaciones —Katharmoí—* están escritos en esos versos solemnes. En contraste con la prosa de los pensadores jónicos y de Heráclito, Empédocles es el último gran filósofo griego que se expresa en esos moldes poéticos de tono arcaico, resonantes de ecos épicos. Pero Empédocles es un auténtico poeta, a la vez que un pensador ilustrado, no un mero versificador de la doctrina filosófica propia, como fue Parménides, quien versificó la revelación de la diosa Verdad para imponer resonancias y hacer más memorable su arduo mensaje ontológico. Siglos después, otro poeta filósofo exaltado, aunque de una secta distinta, el epicúreo latino Lucrecio celebrará la calidad poética de Empédocles, quien en con-

junto escribió unos cinco mil hexámetros, según Diógenes Laercio, de los cuales se han conservado, en fragmentos, algo así como una décima parte de su obra.

Como un inspirado *maestro de verdad*, Empédocles comienza su poema invocando a la Musa —algo inusual en un filósofo, desde luego— para que impulse rectamente la andadura de su pensamiento, en una tradición que remonta a poetas sabios, como Hesíodo y Solón. Es la Musa de los poetas, diosa de la memoria —pues Mnemósyne es la madre de las Musas—, pero sobre todo es la divinidad que sirve para marcar el rumbo al iniciado, algo así como esa diosa que reveló la teoría de la verdad del ser a Parménides en su viaje mistérico. Se sirve de la poesía en hexámetros para exponer su visión filosófica del cosmos y del destino del alma, para anunciar la composición primordial de la naturaleza, y también para revelar el destino trágico del hombre; y para hablar de sí mismo, con una audacia y una conciencia, con una angustia y un orgullo personal que no habíamos visto en ningún filósofo anterior.

Como hemos dicho, en el siciliano Empédocles confluyen dos corrientes de pensamiento: la de los físicos jonios y la de los místicos órficos y pitagóricos. De algún modo, una y otra parecen encontrar su salida en cada uno de los dos poemas: *Perí physeos* está en la línea del poema de Parménides, mientras que *Katharmoí*, con un título tan revelador por sí mismo, nos lleva a las inquietudes y las doctrinas mágicas, difundidas en las tablillas de los órficos, y a las enseñanzas orales de Pitágoras, muerto hacia 500 a. C., antes del nacimiento de Empédocles.

Hay pues un doble aspecto en la obra y en la personalidad de nuestro pensador, un tanto jánico y escindido entre esos dos mundos, doble aspecto muy debatido por los estudiosos del siglo pasado y comienzos de éste, quienes no podían armonizar esas dos vertientes de su pensamiento, y trataban de encontrar una solución mediante la separación de una y otra, por ejemplo, adjudicándolas a épocas distintas de su vida y postulando una conversión de Empédocles, bien de la mística a la ciencia, bien de la ciencia a la mística. Actualmente, los estudiosos de su pensamiento suelen admitir esa doble vertiente de su obra como algo que la caracteriza y que expresa la complejidad de su extraña personalidad. Algunos de los fragmentos conservados están

asignados por sus fuentes a uno de los poemas, pero pueden quedar dudas respecto a otros[1].

2. LA SITUACIÓN DE EMPÉDOCLES

NO OLVIDEMOS el contexto, tanto histórico como político y geográfico, en que se desenvuelve la actividad intelectual y la actitud espiritual de Empédocles, De un lado, tuvo que enfrentarse a la doctrina metafísica de Parménides, del que pudo haber sido discípulo y cuya obra, en todo caso, conoce bien —como muestran los repetidos ecos literales en sus versos—. Del otro, recoge la preocupación de los pitagóricos, con los que debió de estar pronto en contacto, por su situación en la Magna Grecia, donde eran muy activos y conspicuos en esos años. En el terreno de la física, Parménides y Heráclito, en esa "gigantomaquia en torno del ser" de que habló Platón, habían llegado a un *impasse*. En su búsqueda del *arché* universal único, Parménides —enhiesto sobre su carro y altivo como el broncíneo auriga délfico— había mostrado con una rotundidad lógica sorprendente que lo que es debe caracterizarse como ser único, eterno, inmóvil, es decir, totalmente irreconciliable con el mundo del movimiento y del devenir, con las apariencias del mundo múltiple en el que vivimos y sentimos. En su perfecta unicidad esférica, el *eón* de Parménides queda así distante del mundo de las apariencias —a las que Parménides dedica la segunda parte de su poema sobre el ser—, pero que resultan inexplicadas desde el mundo del ser inmóvil y eterno, que no admite cambios ni alteraciones. Tampoco Heráclito, con su defensa del movimiento y de la armonía oculta en la que se reconcilian los contrarios, podía dar clara respuesta al funcionamiento del cosmos[2].

---

1. Cfr. GALLAVOTTI, C., *Empedocle. Poema fisico e lustrale*, Mondadori, Milán, 1975; LA CROCE, E., en su introducción, traducción y notas, en *Los filósofos presocráticos*, tomo II, Gredos, Madrid, 1978, pp. 129 y ss, y WRIGHT, M. R., *Empedocles. The Extant Fragments*, New Haven, 1981.

2. Para esa relación con la tradición filosófica, véase el capítulo amplio dedicado a este tema de GUTHRIE, W. K. C., en su *Historia de la filosofía griega*, tomo II, Gredos, Madrid, 1984, pp. 134-275.

3. LAS CUATRO RAÍCES Y LOS DOS MOTORES CÓSMICOS

EMPÉDOCLES TUVO QUE RECURRIR al abandono de uno de los presupuestos del teorizar físico anterior: negó la unicidad del principio cósmico y admitió una pluralidad de raíces o *archaí*, así como unos principios motores distintos de la materia. Nada menos que cuatro raíces o "elementos" según el término de Aristóteles, combinando respuestas anteriores: el agua, el aire, el fuego y la tierra —el agua de Tales, el aire de Anaxímenes, el fuego de Heráclito y la tierra como cuarto elemento de la mezcla primordial—. Como causas del movimiento cósmico propuso, con notable originalidad, a la amistad y al odio, *Philótes* y *Neikos*, un principio de atracción y otro de rechazo universal. Es muy interesante la terminología notoriamente poética de Empédocles. En lugar de los cuatro nombres vulgares de los elementos, se sirve de nombres de dioses: Zeus, Hera, Nestis y Aidoneo, para indicar el fuego, el aire, el agua y la tierra. El amor o amistad —*Philotes* o bien *Eros*— y el odio o discordia —*Neikos* es *Eris* y *Pólemos*— imprimen su movimiento opuesto a los varios elementos o raíces materiales —*rizómata* o *stoichéia*—, y cuando triunfa la congregante amistad se llega a una compacta y densa esfera del ser pleno, el *Sphairos*, que luego se cuartea por efectos del odio, y así recomienza el proceso circular que anima la naturaleza del todo. Resuena bajo todo este concierto, que explica los recurrentes ciclos cósmicos, una nota heraclítea: todo cambia, pero la armonía de fondo es eterna.

> Escucha primero las cuatro raíces de todas las cosas:
> Zeus brillante, Hera dadora de vida, Aidoneo
> y Nestis, que con sus lágrimas hace botar la fuente mortal
> (frg., 6 DK)

> Observa el sol brillante a la mirada y del todo cálido,
> y a cuantos seres divinos reciben calor y resplandor radiante,
> y a la lluvia, sombría y glacial sobre todas las cosas,
> y la tierra de donde surgen seres firmes y sólidos.
> En el odio todos tienen aspecto distinto y están escindidos,
> pero en la Amistad marchan juntos y se desean mutuamente.
> De ellos procede pues, cuanto es, fue y será,
> brotaron los árboles, los hombres y las mujeres,
> las fieras y los pájaros y los peces que se nutren en el agua,
> y también los dioses de larga vida, de superior dignidad.

Son ellos, pues, los mismos, pero pasando uno por otro
se vuelven de apariencia diversa: tanto cambian en la mezcla.
(frg. 21, DK)

Son ellos, pues, los mismos, pero pasando uno por otro
se vuelven humanos y distintas razas de bestias ya confluyendo en un único orden a causa de la Amistad,
ya en cambio, guiados a la separación por efectos del Odio,
hasta que crecen y se juntan del todo y se vuelven Uno.
Así, como se habituaron a hacerse Uno desde su ser muchos
y como, a su vez, al disgregarse se realizan en muchos,
de ese modo están sujetos al nacimiento y a su vida inestable;
pero mientras que nunca dejan de mudar sin descanso,
así siempre son iguales, a lo largo del ciclo.
(frg. 31, DK)

Como otros filósofos postparmenídeos, Empédocles renuncia, pues, a explicar la naturaleza por un solo *arché* o *principio* único, que no podría dar razón del cambio ni de la móvil pluralidad de los seres. Pero afirma que, con sólo cuatro principios puede componerse y descomponerse, cíclicamente, todo el conjunto de seres diversos del mundo. Es la mezcla la que forma los distintos organismos, pero más allá de esos cambios están inmutables las cuatro raíces de todo. Aristóteles denominó *pluralistas* a estos pensadores que postularon varios principios materiales del mundo, como Empédocles, Anaxágoras y los atomistas, que representan la última etapa de la física presocrática. La ventaja de la explicación ofrecida por los *pluralistas* es que la combinación y segregación de esos principios elementales eternos —raíces, homeomerías o átomos— sirven para explicar la muerte de los individuos y el surgir de nuevos seres, negando que la defunción y el nacimiento sean otra cosa sino disolución y combinaciones de los elementos originarios. Todo se transforma incesantemente, pero nada se crea ni se aniquila en el cosmos. Frente a las prosaicas explicaciones de Anaxágoras, Leucipo y Demócrito, Empédocles conserva, sin embargo, un halo poético singular, que formalmente lo relaciona con la tradición eleática de Parménides y Jenófanes, y por otro lado, lo contrapone a un eleático como Zenón, con sus aporías y su lógica.

4. EL DESTINO DEL ALMA Y SUS *PURIFICACIONES*

COMO DECÍAMOS, en las *Purificaciones* —*Katharmoí*—, Empédocles aborda una temática distinta, que se refiere al alma inmortal y al destino del hombre, como un ser de origen divino, exiliado y sufriente en este mundo feroz y desastrado. No es fácil encajar esta doctrina, de claro influjo pitagórico, con la visión de ese mundo material de las cuatro raíces y sus cambios continuos. No sabemos si Empédocles pensaba en destinatarios diversos para uno y otro poema: el primero está dedicado a su amigo y discípulo Pausanias —como el elegíaco Teognis dedicaba a su amado Cirno sus poemas—, mientras que el poema religioso está dirigido, como una revelación sensacional, a sus conciudadanos de Acragas. Pero tampoco está claro que haya contradicción entre ambos. Más allá de la física está, para Empédocles, un mundo divino del que el ser humano participa, de modo un tanto trágico. Junto al saber sobre el cosmos físico, el *de rerum natura*, cabe el conocer del alma y su destino divino o demónico. Y de ello habla, con exaltado talante y proclamándose un heraldo excepcional y sobrehumano, el mismo Empédocles.

Un personaje, además, que se presenta a sí mismo como un ser divino, un *theios anér*, en la línea de un Pitágoras, por ejemplo, un dios desterrado a este valle de lágrimas, un taumaturgo y un profeta, un vate y un chamán. Añadámosle otro rasgo más: su condición de médico, en esa Sicilia donde había una importante escuela de medicina, donde ya había brillado uno de los grandes médicos antiguos: Alcmeón de Crotona, decenios antes. Desde un comienzo el poema de las *Purificaciones* evoca la dignidad del sabio, profeta y sanador, que avanza solemne y solidario de modo espectacular para mostrar a los fieles su benevolencia y su grandeza.

Recordemos cómo se presenta al comienzo de este poema:

> Oh amigos que la gran ciudadela en el rubio Agrigento
> habitáis, de la villa en lo alto, ocupados en nobles tareas,
> venerables asilos de extraños, de maldad inexpertos,
> os saludo. Pues yo entre vosotros un dios, no ya un hombre,
> camino ensalzado por todos, como bien me merezco,
> coronando mi frente con ínfulas y verdes guirnaldas.
> Cuando con ellas acudo a las muy florecientes ciudades
> sus hombres y mujeres me adoran. Y a miles me siguen

indagando la senda que puede al provecho llevarles,
los unos me piden augurios, y los otros reclaman
mi palabra que sirva de cura a sus muchas dolencias,
traspasados por muy largo tiempo por crueles dolores.
(frg. 112, DK)

Es cierto, de otra parte, que también la investigación de la naturaleza, la búsqueda de la *alétheia*, puede verse como un servicio casi divino en el mundo arcaico griego[3]. Ambos aspectos de la sabiduría no tienen por qué disociarse del todo en el mundo en que filosofa Empédocles, del mismo modo que la poesía y la investigación racional no se oponen, como muestran la obra de Jenófanes, Parménides, la del mismo Empédocles, y como se verá posteriormente en la de Lucrecio. La inspiración poética confiere nuevos impulsos a la indagación de la verdad, y la Musa todavía puede ser invocada por un filósofo, antes de que Platón resuelva expulsar a los poetas de la ciudad justa y feliz de su utopía. La dedicación filosófica es también un servicio a la divinidad. Y es por la meditación filosófica por la que el hombre puede avanzar en su ascesis espiritual hacia una existencia mejor.

Mientras unas veces Empédocles nos habla de los avatares del alma, condenada a pagar en sucesivas vidas las penas de sus culpas, y en otros versos memorables nos cuenta cómo recuerda sus transformaciones anteriores, en las que su alma transmigró por cuerpos muy distintos, de animales y plantas incluso, otras veces describe con fina intuición el modo de percibir de los sentidos humanos, el formarse de las sensaciones y su transmisión corporal, e incluso nos informa de sus experimentos para mostrar la densidad del aire en una vasija sumergida en el agua. Esa polifacética personalidad caracteriza al sabio de Agrigento, y lo hace aparecer ante nosotros como una figura mucho más arcaica que la de algunos de sus contemporáneos, como los sofistas Gorgias y Protágoras, o los trágicos Sófocles o Eurípides.

3. Cfr. DETIENNE, M., *Los maestros de la verdad en la Grecia arcaica*, Taurus, Madrid, 1981, pp. 132 ss.

Frente a estudiosos anteriores como. Burnet, ya Cornford[4] subraya muy bien la compleja unidad de la obra y la figura de Empédocles.

> Otros críticos han separado los dos poemas asignándolos a diferentes períodos de su vida, diciendo que era científico en su juventud y religioso en su vejez o viceversa. La primera condición para entender a Empédocles es desterrar la noción de un abismo entre las creencias religiosas y sus opiniones científicas. Su obra es un todo en el que la religión, la poesía y la filosofía están indisolublemente unidas. Su imaginación es constructiva: reúne elementos aprovechables de cualquier parte: de la cosmogonía de Hesíodo y de los jonios, del racionalismo de Parménides, del misticismo órfico, de las leyendas poéticas, de la experiencia del médico, de la respuesta sensual de un poeta a lo que ve y oye de la naturaleza, y de los temores y esperanzas de un espíritu exiliado del cielo para tener aquí "un breve instante de vida que no es vida". Pero todos estos elementos los reúne en una visión unitaria de la vida, del mundo y del destino del alma humana, el cual se encuentra limitado, como el macrocosmos, por la rueda del nacimiento y de la muerte.

Ya otros, desde Bignone en 1916, habían insistido en ese aspecto "fáustico" del filósofo. "En la fáustica personalidad de Empédocles —dice W. Nestle—[5], se suman la física jónica y la mística psicagógica órfico-pitagórica y constituyen una nueva característica unidad". Pero desde luego hay que admirar la inteligencia de quien pudo asumir esa doble experiencia del mundo en una visión escindida, pero coherente, como muy bien analiza W. Jaeger[6]. Quizás el ambiente siciliano propiciaba esa fusión de uno y otro aspecto del saber, del investigador racional de la naturaleza y del reformador religioso que es vate y santo a la vez. (Es curioso que algunos autores antiguos acusaran a Empédocles[7] de haber relevado parte del saber secreto del ágrafo Pitágoras, pero la acusación indica solamente que esas doctri-

4. CORNFORD, J.M., *Principium sapientiae*. Los orígenes del pensamiento griego, traducción de , Visor, Madrid, 1987, pp. 150-152.

5. Cfr. NESTLE, W.,*Historia del espíritu griego*. Desde Homero hasta Luciano, traducción de Manuel Sacristán, Ariel, Barcelona, 1961.

6. Cfr. JAEGER, W.,*The Theology of Early Greek Philosophers*, Oxford, 1948, capítulo VIII. Existe tradución al español de esta obra: *La teología de los primeros filósofos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977.

7. Cfr. LA CROCE, E., "Testimonios y comentarios" en *Op. cit.*

nas de salvación espiritual flotaban en el inquieto clima espiritual de la zona. Recordemos que Píndaro dirige a Terón, el tirano de Agriento, su *Olímpica II*, la única oda pindárica donde resuenan esos acentos místicos y esas preocupaciones sobre el destino del alma en el más allá).

En todo caso, frente a los sofistas que se desinteresaron de los fundamentos físicos del cosmos y centraron sus investigaciones en el mundo de la sociedad política, la cultura y la retórica, frente al racionalista Anaxágoras y al más joven e inquisitivo Sócrates, frente a los poetas trágicos, Empédocles parece un tipo de sabio muchísimo más antiguo. Coronado de flores y con un venerable hábito, poeta y profeta, físico y taumaturgo, avanza con paso intrépido y augusto, adorado y seguido por una muchedumbre de admiradores. La tradición dice que era demócrata en sus intenciones políticas, lo que resulta un tanto sorprendente si se tiene en cuenta que Sicilia estaba más bien dominada por tiranos, pero no imposible. Su ética comportaba una serie de tabús, como la de los órficos y los pitagóricos. Predicaba contra el sacrificio sangriento, se abstenía de comer carne, de algunas legumbres, como las fatídicas habas, y tal vez de vestidos de lana y pieles. Creía en la metempsicosis, y, aunque sus recuerdos de vidas anteriores no llegaban a ser tantos como los de Pitágoras, eran bastante variados, como cuenta. Recordemos los versos famosos.

> Yo he sido ya antaño muchacho y muchacha,
> y un arbusto, y un pájaro y un pez escamoso en el mar.
>
> (frg. 117, DK)

Cornford cita como paralelos algunos relatos celtas de transformaciones. Así, en el *Libro de Taliesin*, el mago recuerda un curioso catálogo de sus existencias anteriores, en variadas formas. "He sido —dice— un viaje, un águila, una barca en el mar, una espada en la mano, un escudo en la batalla, una cuerda en el arpa". En otro texto el dios Mannagan predice a su hijo Mongan que será: "un lobo, un ciervo, un salmón manchado en un estanque, una foca, un cisne(...)"[8].

---

8 . Cfr. CORNFORD, F.M., *Op. cit.*, p. 152.

5. EL LARGO DESTIERRO EN ESTE FEROZ MUNDO

NO SABEMOS si era melancólico, como Heráclito, pero no cabe duda, por sus poemas, de que sentía la angustia del destino trágico por el que debía pagar en esta vida sus culpas anteriores.

> Hay una ley del Destino, un decreto de los dioses,
> sempiterna, sellada con grandes juramentos, que dice:
> Cuando alguien con culpas en crimen de sangre las manos
> se manche, y por odio pronuncie un traidor juramento,
> Felices errante se aleje en treinta mil estaciones,
> renaciendo en el curso del tiempo en cualquier forma mortal,
> de las que surcan las rutas del desgraciado existir.
> Pues de un lado la fuerza del aire hacia el mar los impele
> y el amor los vomita hacia el suelo terrestre, y la tierra
> a los rayos del sol fulgurante, y el sol los hunde en el aire.
> El uno el otro los toma, mas todos los odian.
> Pues ahora uno de ellos soy yo, exiliado de los dioses
> y vagabundo, confiado al furioso dominio del Odio".
>
> (frg. 115, DK)

La religiosidad de Empédocles está mucho más allá de la piedad tradicional. Está clara su afinidad con la secta de los órficos, pero es mucho más difícil saber lo que lo distingue en puntos concretos. En todo caso, para él era muy importante albergar un piadoso y justo entendimiento de la divinidad.

> Feliz aquél que la riqueza del divo saber adquirió
> y desdichado quien tiene una oscura opinión de los dioses.
>
> (frg. 132, DK)

6. LA MUERTE EN EL ETNA

CUENTA LA TRADICIÓN que, deseoso de volver al mundo divino desapareciendo como un espíritu inmortal, sin dejar trazas de su muerte, se arrojó al Etna. Pero el volcán devolvió lejos de sus fauces una de sus sandalias de suela de bronce, bien conocidas. La anécdota parece una invención malintencionada, pero es reveladora de cómo algunos escritores antiguos quisieron caricaturizar las ínfulas místicas y ansias demónicas del personaje. No es extraño que algunos poetas románticos, como Hölderlin que compuso una pieza teatral, la *Muerte de Empédocles*, se hayan visto atraídos por su romántica

personalidad, por la misma razón que esa extraordinaria versatilidad existencial lo ha colocado bajo una luz ambigua para algunos historiadores de la filosofía.

En todo caso, en esta figura de nuestro filósofo siciliano, émulo de Parménides y de Pitágoras, pero ya en pleno siglo V, tenemos una figura que clausura con grandeza muy singular una época. ¿Cómo no evocar ahora esa magnífica ciudad de Acragas, o Agrigento, cuyas solemnes ruinas tanto imprensionan al viajero, esa espléndida avenida de los templos griegos que se alzan aún, en toda su majestad, como en ningún otro lugar del mundo helenizado? Aún nos impacta la grandeza de esas columnas y esos frontones, desnudos de esculturas, pero magníficos en su testimonio de antigua grandeza, con sus piedras doradas, ese color evocado en los versos de Empédocles al celebrar al "rubio Agrigento". Luego vinieron los sofistas, los historiadores, los trágicos, los retóricos, y un nuevo tipo de filósofos, como Sócrates o el mismo Demócrito, pensadores inquietos, escépticos, analíticos, que ya no pretendían escribir en verso ni adoptar esos aires de sabio a la vez vate y profeta, pensadores más modernos, pero menos grandiosos.

Es un "maestro de verdad", por utilizar el término de Detienne, que pertenece, como ya apuntamos, no tanto por su estricta cronología, sino por su poliédrica imagen personal, a una etapa un tanto arcaica. Lo han señalado ya muchos estudiosos de su obra:

> Como señala Bignone (en su *Empedocle,* de 1916), Empédocles, aunque era contemporáneo de Pericles, Eurípides y Sófocles, parece pertenecer a otro mundo. Sus afinidades son más bien con Epiménides, Ferecides, Onomácrito y Pitágoras, y tenía la complejidad e inquietud del que se sitúa entre una época de decadencia y otra de renacimiento, las ambiciones espirituales y el misticismo del hombre medieval combinados con la curiosidad y audacia del hombre moderno. Reproduce con singular plenitud cada una de las formas de locura divina de Platón, todos los aspectos de su dios Apolo y su prototipo Orfeo, y reúne en su propia persona todos los caracteres que describe como propios de la reencarnación más alta y última antes de reintegrarse en la felicidad divina: vidente, aedo, médico y conductor de hombres[9].

---

9. *Ibídem.*, p. 153.

Cornford acentúa en Empédocles esos rasgos que ahora calificaríamos de chamánicos —siguiendo el término utilizado por E. R. Dodds[10]—, aunque ese chamanismo haya sido criticado posteriormente por V. Kahn. No obstante, conviene no olvidar los rasgos de modernidad que podemos observar en él, como su gusto por la experimentación, su labor como médico, su atención a los análisis de las funciones de los sentidos, o su maestría en el arte de la retórica. Así por ejemplo, el que haya sido un hábil retórico y maestro de oratoria de Gorgias, el fundador de esa *téchne rhetoriké*, revela bien su capacidad para trasmitir esa antorcha a otro siciliano, no mucho más joven en años, pero sí en espíritu.

Fue además un entendido en muchos saberes, tuvo una *polymathíe* semejante a la de un Pitágoras —criticada por Heráclito y por Sócrates—. Escribió de astronomía y cosmogonía, de fisiología animal y humana, de psicología y medicina, de botánica y de religión. Su argumentación física atestigua una visión de enorme talento: fue el filósofo griego que expresó, si bien de modo elemental y en un lenguaje poético, una teoría más próxima a la de la composición química de la estructura de la materia —esa química que los antiguos griegos no alcanzaron a conocer—. Trató de explicar las apariencias del mundo sensible sobre un trasfondo esencial de formas elementales de la materia y de la energía.

Como otros filósofos de su tiempo, Empédocles quiso explicar racionalmente el mundo fenoménico, o en la aguda expresión de Anaxágoras, "salvar las apariencias" —*sózein tà phainómena*—. Es muy interesante que haya dedicado una gran parte de su obra a la explicación de las sensaciones y al análisis de nuestros sentidos como órganos del conocimiento, pero también a la fisiología de los mismos. Es decir, trató ampliamente del funcionamiento y contextura del oído la vista y el tacto[11]. Según él, lo semejante se conoce por lo semejante, pero además a través de los órganos de nuestra sensibilidad que intentó explicar. Como indica Nestle[12], estableció una continuidad de

---

10. Cfr. DODDS, E. R., *Los griegos y lo irracional*, Alianza, Madrid, 1980, pp. 142 ss.

11. Cfr. BERNABÉ, A., *De Tales a Demócrito*, Alianza, Madrid, 1988, pp. 202 y ss. Para más detalles, véase GUTHRIE, W. K. C., *Op. cit*.

12. Cfr. NESTLE, W., pp. 74 y ss.

la experiencia en todos los seres vivos, y también una relación entre la percepción sensible y el entendimiento crítico. Escribió sobre la mezcla de temperamentos y situó como centro del pensamiento, al corazón, al considerarlo el centro de la circulación de la sangre, lo que sin duda es un retroceso frente a la teoría de Alcmeón, quien había situado en el cerebro el centro del sistema nervioso y del pensar.

No olvidemos que era médico y, sin duda, se vio apoyado en sus investigaciones por sus conocimientos heredados en este campo. Apreciaba los experimentos, como indica el que hizo con la clepsidra para explicar la densidad del aire. También aquí le vemos como una figura compleja que sabe combinar la teoría más abstracta y la fantasía con la observación e investigación de lo real.

Para expresar sus ansiedades religiosas y sus teorías físicas, se sirvió, con estupendo genio expresivo, de la poesía y aun de cierta mitología, manipulada y transformada, a veces, en símbolos y metáforas .

La influencia de Empédocles ha sido muy amplia durante muchos siglos. Su teoría de los cuatro elementos ha influido en la teoría médica de los cuatro humores —tal como se define en el texto hipocrático *Sobre la naturaleza del hombre*, por ejemplo, escrito por Pólibo, el yerno de Hipócrates— y sus estudios de botánica han preludiado los de Teofrasto. Aristóteles lo había leído con mucha atención, como lo refleja el dato de que es Empédocles el presocrático al que cita más veces, bien sea para crítica o para elogio. Sus tesis sobre el conocimiento a través de los sentidos, pero reorganizado por la razón siempre, han marcado una época. Su ascetismo y su búsqueda de una doctrina del alma inmortal fundan una senda espiritual de muy larga estela. Y nunca se volverá a presentar entre los filósofos antiguos una obra tan fabulosamente poética ni una personalidad humana tan compleja como la que caracteriza al inquieto pluralista de Acragas.